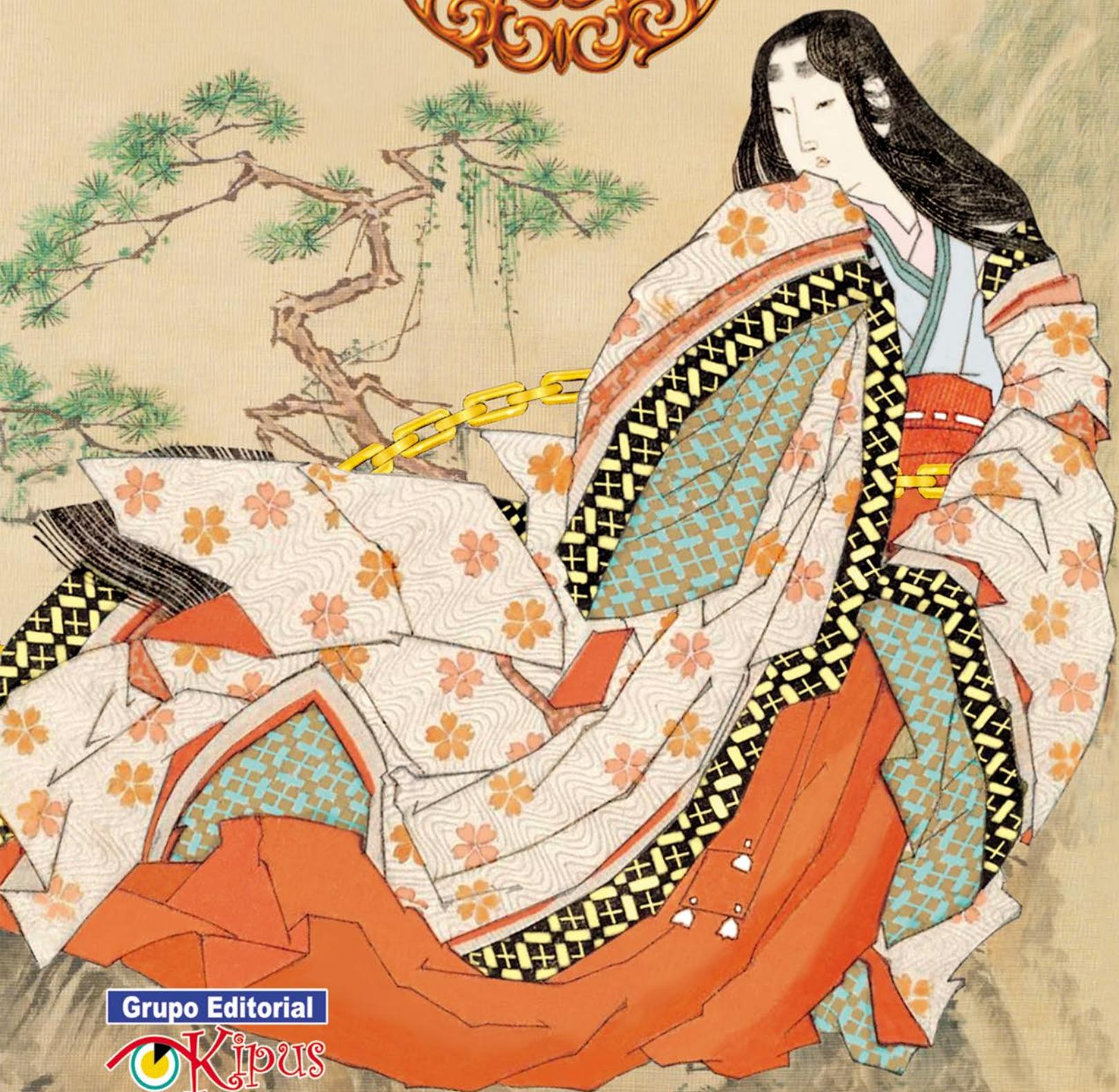


El Brillo de Amaterasu

Dennis Morales Iriarte



Grupo Editorial

Kipus

Preludio n.º 1

EL *CHANDRASEKHAR XXIII* empezó a desacelerar con estrépito desatando la energía atómica suficiente para brillar como una estrella de primera magnitud en medio de la negrura del cosmos.

El curso inmovible del arca colonizadora había sido dictado los últimos 753 años estándar por el destello de una estrella diáfana, llamada Gamma 120.684 B desde tiempos inmemorables, otrora perteneciente a una antigua constelación cuyo nombre se había olvidado por entonces, mas ahora desfigurada por la inminente cercanía.

La señal de proximidad espacial, muy esperada por cierto, había parpadeado en la esfera virtual del Hypercom hacía ocho años y los retroimpulsores trabajado en forma paulatina en dicho lapso. Apenas ahora, a un mes para el arribo, las fueras G negativas permitían el desenvolvimiento libre de riesgos orgánicos para todos aquellos que venían almacenados en millardos de cápsulas individuales.

El Hypercom de a bordo obedeció a un viejo algoritmo prioritario, quizás el más importante de todos, y la voluntad artificial que ejercía con libertad obró junto con un servidor articulado muy peculiar. Un cefalópodo de cuatro extremidades avanzó con decisión entre el enjambre interno que era la carga humana almacenada. El artificio remontó una distancia breve hasta llegar con precisión milimétrica a la celda número 1 de la primera cama de la primera hilera del primer bloque. Un brazo mecánico se extendió hacia el ganglio vital de la vaina unipersonal, accionando con virtuosismo la programación de resucitación del aparejo, menester para traer a la vida al hombre adulto que estaba cristalizado en el interior.

Después de algunos minutos de la estimulación cortical necesaria ya se percibían ondas cerebrales discretas y, solo entonces, la vaina podía ser extirpada del racimo en penumbras, para luego ser conducida a un ambiente aerobio temperado.

Algunas horas después, el hombre despertó con todos sus sentidos funcionales por completo. La iluminación en la enfermería se acrecentó con amabilidad hasta ser lo suficiente para distinguir el holograma que representaba a la conciencia del Hypercom: una figura andrógina que flotaba en el aire vestida de negro astral.

—Bienhadado, Navegante Sanjay, que tu despertar sea el inicio del Principio. Hemos arribado al sistema planetario Gamma 120.684 B después de un largo viaje —habló con dulzura la conciencia del Hypercom, mientras juntaba los dedos extendidos de ambas manos—. Estoy programando una órbita estable opuesta por dicha estrella al tercer planeta, el único habitable, llamado *Aomori* por los primeros colonizadores.

—¿Aomori? —preguntó el Navegante Sanjay Gupta, levantándose del camastro mientras flexionaba los brazos aún entumecidos. Quedó decepcionado con la aspereza de su voz aún no repuesta del todo; parecía apenas ayer que el sueño inducido y la subsiguiente cristalización de cada una de sus células hubiera tomado curso. Eran, pese a todo, siete siglos y medio, una cifra que todavía no significaba nada, no hasta que descubriera la nueva realidad que les rodeaba.

Para empezar a encarar mejor los descubrimientos accionó el disco vestidor que estaba marcado en el suelo de gravedad autogenerada, poniéndose de pie en medio. Tecleó un código de cuatro dígitos conocido y el ancho círculo se levantó envolviéndolo con lentitud mientras generaba hilos microhilvanados, formando primero sendos zapatos por las suelas, pantalones grises y para acabar una camisola azul de una sola pieza.

—Mucho mejor ahora —continuó el Navegante Sanjay, alisándose las prendas nuevas como si las hubiera vestido siempre—. A-o-mo-ri...

Para Sanjay la rareza de aquella palabra podía significar tantas cosas, pero ahora se trataba de un reto que debía enfrentar con todas sus energías y la sapiencia que ameritaba su puesto. Sin advertencias, una alarma menor se escuchó en la cabina y, sin esperar un segundo más, el Hypercom explicó lo que sucedía:

—Al parecer, nuestra llegada a Gamma 120.684 B ha coincidido con la aparición de una máxima actividad solar del astro gobernante local. El influjo ionizante del viento solar es algo fuera de lo normal para este tipo de estrella; sin embargo, no hay nada de qué preocuparse.

—Muy bien, Hypercom —asintió el Navegante Sanjay, sin turbarse en lo más mínimo—. Dame un informe completo del planeta, por favor. Debemos estar preparados y saber qué clase de *primerizos* vamos a encontrar a estas alturas en Aomori.

Ya no *su* Aomori, sino *nuestra*, pensó.

—La primer y única ola conocida llegó a Aomori desde el brazo Orión-Cygnus alrededor de 2.200 años estándar atrás en este nuevo espacio-tiempo. Sus transmisiones radiales fueron confirmadas en todo el sector y también en nuestra Alkaid natal al tiempo astronómico correspondiente.

»Los pioneros, de origen nunca determinado, por cierto, aseguraron que Aomori es un planeta joven, con un estado de desarrollo geológico temprano y, por consiguiente, poseedora de

una biota indiferenciada. Nuestros interferómetros estelares de alcance profundo habían corroborado ese dato en forma paralela.

»Se anuncia, también, que los procesos geológicos de Aomori son tan tempranos como un modelo Terran-Carbonífero. Incluso hicieron mención de un único supercontinente característico en semejante era temprana.

—¿Es tan joven el planeta? Entonces, eso significa algo como... —El Navegante Sanjay frunció el entrecejo haciendo los cálculos pertinentes—: 300 millones de años de retraso en la carrera evolutiva... Algo seguro es que no tendremos que enfrentarnos con bestias gigantescas como en nuestra vieja Alkaid. ¿O sí?

El Navegante sabía muy bien que nunca más regresarían a su lugar de origen y, de todas formas, seguía hablando como si ellos todavía pertenecieran a ese sistema planetario de Alkaid. Era una historia que debía quedar atrás para siempre.

—Los reportes no hacen mención a semejantes animales o ninguna otra megafauna notable. Sin embargo, dichos reportes estelares solamente duraron un lapso de 100 años desde el inicio de sus transmisiones. La hipótesis más plausible sugería que los pioneros de Aomori se extinguieron en ese ínterin, ya que no se percibieron posteriores radiotransmisiones en el espectro electromagnético. Contraria a esta primera suposición, las radiotransmisiones locales han reaparecido hace 150 años estándar mientras estábamos en tránsito por el cosmos. Se trata de burdas telecomunicaciones en longitudes de ondas muy bajas.

»Ahora, a menos de 200 millones de kilómetros de distancia, recibimos una resonancia cuántica irreconocible e indescifrable. Se puede caracterizar como *estática aleatoria*, no obstante, son extraños pulsos imposibles de interpretar por mis más sofisticados análisis. Pese a nuestra cercanía, los telesensores aún no identifican el origen aparente de estas resonancias cuánticas aleatorias. Mientras tanto, se puede cotejar cada una de las fuentes de las abundantes radiotransmisiones de la civilización persistente, que muestra cierto tipo de actividad constructora muy diseminada.

»La conclusión es que alguna sociedad apenas modernizada y de naturaleza desconocida aún subsiste en Aomori, quizás fruto de una regresión sociotecnológica acaecida dos milenios atrás. Un raro y desafortunado evento que ya fue documentado en algunos lugares de la Vía Láctea, como debo añadir.

El brillo intenso de Gamma 120.684 B era de todas formas gratificante y marcaba el fin de este largo viaje, sin vuelta atrás para todos ellos, hacia su nuevo hogar donde los sueños de la humanidad apuntaban desde su inicio. Ahora bien, el hecho de que aún pudiera haber gente en el planeta cambiaba la naturaleza de la aproximación que debía emplear la nueva ola de colonizadores. El Navegante Sanjay se tocó el cráneo mondo y lirondo recordando con nostalgia la mata de cabellos azules que tenía antes del viaje.

—Bueno, estén listos o no en Aomori, ¡ahí vamos!

UNO



「 Shizen: La Naturaleza 」



OTRORA EN EL MISMO espacio local, también hubo un soñoliento Navegante que fuera el primero en despertar entre toda la tripulación del majestuoso *Yamato Maru*. Él descubría extasiado el mundo amplio y virgen que sus astrónomos habían encontrado mirando por casualidad el cielo estrellado y prometedor.

Ese antiguo Navegante siguió a cabal todos los procesos astrobiológicos en regla, confirmando que el tercer planeta de Gamma 120.648 B era nada menos que un planeta Clase I. Cualquier otro pionero hubiera muerto de envidia. ¡Un planeta Clase I era una copia casi idéntica de la Tierra! Pero nadie había visto ese mundo original después de la gran diáspora de colonizadores miles de años atrás.

Un planeta Clase I, donde sea que fuera hallado, poseía la mayoría de las condiciones fisicoquímicas, geológicas y estelares de aquella roca original que diera origen a la especie humana; ninguna terraformación era necesaria. Y ahora, el Navegante se frotaba las manos absorbiendo cada palabra de los análisis de interferometría:

Temperatura media ambiental: 23,5° centígrados	
Concentración gaseosa: N ₂ = 60 %	「 Estándar 80 % 」
O ₂ = 38 %	「 Estándar 20 % 」
Nobles = 1 %	「 Estándar 0.01 % 」
CO ₂ = 0.10 %	「 Estándar 0.05 % 」
Gravedad ecuatorial: 7,84 m/s ² = 4/5 G	「 Estándar 1 G 」
Superficie marítima: 80 % aproximada	
Superficie seca: 20 % 「 Tierra continental: 95 %; tierra insular: 5 % 」	
Duración del día: 23 horas 05 minutos	

Bueno, se decía el Navegante apenas despabilado alimentándose de tanta información, *no todo podía salir tan bien como se deseaba*. Y, sin embargo, como nunca habrían de esperarlo.

Dos meses después aún en órbita y de toda la inmensa carga humana, había alrededor de ciento cincuenta personas explorando la superficie del planeta virgen. Tanto en el extenso supercontinente, así como en el único gran océano que lo rodeaba. El planeta había sido bautizado como *Aomori*.

Para sorpresa de todos, descubrieron que Aomori poseía una edad geológica Terran-carbonífera temprana, con un dominio de vertebrados marinos gigantes y pocos animales terrestres de gran tamaño. La tierra firme estaba colonizada por artrópodos variopintos, tanto rampantes como voladores. Si bien había extensas zonas arboladas en la Pangea aomórica, todas las manifestaciones vegetales eran de la variedad criptógamas. En ningún lugar había plantas con flores verdaderas; estas habrían de aparecer cientos de millones de años de evolución futura.

De cualquier manera, el más grande de los atributos del planeta Aomori residía en el nivel de organización general de la biota, hartamente inusual para la entendida ciencia conocida como

astrobiología. La biósfera había seguido caminos evolutivos muy diferentes a todos los conocidos en la Vía Láctea apenas explorada. Ello debido tal vez a incidentes cosmológicos aleatorios que ahora se expresaban en formas de vida por completo insospechadas para aquellos hombres y mujeres de ciencia, entre los avezados pioneros que hollaban por vez primera un mundo nunca antes imaginado.

Pese a todo, la misión colonizadora que habían emprendido tenía que proseguir sin demora y el grueso de la carga humana ser reactivada. Tal como estaba estipulado, el *Yamato Maru* debía realizar un primer y último descenso programado en su misión. Si no lo hacían, la descarga humana completa no podría realizarse. Era una extraña medida de seguridad que evitaba cualquier otro viaje no planificado en pos de otras estrellas diferentes.

Entonces, el gran navío emprendió la más peligrosa de sus travesías: un amarizaje frente a la costa occidental de la Pangea. Un espectáculo sobrecogedor que los ciento cincuenta testigos nunca olvidarían en sus vidas, y que aquellos que solo vieran las grabaciones tampoco lo creerían del todo. El *Yamato Maru*, que osaba medir ochocientos metros en cientos de millones de toneladas, descendía a fuerza de los retroimpulsores gravitacionales que trabajaban a toda potencia; incluso hasta quedar inutilizables en el momento que tocaban el mar. De inmediato, se habría generado una ola monstruosa que cedería tras algunos cientos de kilómetros en las aguas abiertas. La astronave era ahora un barco como el más grande que se hubiera visto en la historia universal; un arca llena de vida y de promesas, remontándose sin prisas en el único y gran océano, llamado Pantalásico con total propiedad.

El tiempo tenía lento transcurso para todos los pioneros revividos del letargo en números de decenas de miles. Primero habían erigido una ciudad a la vera del navío anclado para siempre en una ensenada de aguas no muy profundas, cerca de la desembocadura de un ancho río en el océano Pantalásico. *Egiria* la llamaron, a orillas del nuevo río Ishikari, y fue la capital misma de la presencia humana en ese orbe.

En ese preciso lugar construido por los colonizadores, tan lleno de animales y plantas autóctonos y muy reactivos, todos los humanos sucumbieron ante el mundo indómito que les rodeaba. La biota entera, desde los elementos microscópicos hasta los más aparentes, había reaccionado de forma adversa contra un elemento foráneo como ninguno imaginado. Tal como un cuerpo agredido enfrentaba a cualquier bacteria invasora, Aomori se ocupaba de contrarrestar a la presencia humana y nadie podía hacer nada para evitarlo.

De esa forma, el *Inicio del Fin* había empezado para todos los pioneros en Aomori y para la humanidad viajera como se la conocía hasta ese momento.

LAS FORMAS DE VIDA BULLENTES por doquiera habían obrado contra la presencia humana en su propio hábitat y, tras numerosos intentos, la biósfera no podía eliminar por completo a esa grave enfermedad en forma de humanidad.

Solo entonces, restaba el único camino que los genes aomóricos comandaban a sus variadas criaturas. Si no podían depurar el cáncer que había llegado de las estrellas, entonces,

tendrían que *asimilarlo*. De esa forma, el cambio irreversible había empezado en la carne y sangre de todos ellos.

EL TIEMPO JUSTO había transcurrido; una era oscura llena de pánico y desesperanza para cada uno de los colonos en ese planeta. Aomori se convertía con una rapidez despiadada en el mismo infierno dantesco en carne propia de todos y cada uno de los seres humanos llegados del cosmos como una plaga contagiosa, cuyo azote, al parecer, nunca dejaba de esparcirse.

Los hombres ya no eran más hombres, al cabo, y los animales que trajeron consigo para la colonización también se habían convertido en bestias quiméricas de pesadilla. Incluso, se dijo, el cambio fue tan drástico que las mismas máquinas se habían convertido en reflejo perdido de la humanidad sin ninguna imagen ni semejanza creadora.

Se trataba, en esencia, del legado humano en Gamma 120.684 B. El hombre era la enfermedad y nadie lo supo hasta que fue demasiado tarde para todos.

Varones y mujeres cambiaron por igual, como esponjas que se empapaban de todo lo que les rodeaba sin soltar nada en un efecto acumulativo sin parangón. Aún su nueva prole, fresca e inocente, nacía marcada y más perceptiva al abrazo de las formas de vida locales que dejaban de existir en forma pura, gracias a un contagio que corría con el viento.

LA EXTREMA DESESPERACIÓN de los hombres, en algunos casos, les obligaba a buscar con ansias sustitutos refinados de su elevada pureza perdida para siempre. Así fue que muchos de ellos, los *Puristas*, cambiaron en sus propios cuerpos las partes impías por otras nobles de materia forjada por el intelecto y por ellos mismos. La historia recuerda ese momento como la primera aparición de los Hombres Cibernéticos sobre Aomori. Mientras tanto, la sustancia original se iba perdiendo poco a poco en aquellos otros que, aún reacios con un atisbo de esperanza, combatían lo inevitable en carne y sangre propias.

El despiadado transcurso del tiempo permitía el desfile de un siglo en el crisol de transformaciones que era Egiria y, al cabo de ese lapso, los extremos más dispares se habían alcanzado en la población: el hombre, tal como se recordaba, ya no existía en Aomori.

Los cibernéticos estaban cerca de ser inorgánicos por completo, mientras los otros, los *Remanentes*, eran quimeras que apenas se acercaban a las últimas memorias del pasado glorioso que alguna vez llegara de las estrellas. Caro recuerdo que se perdía cuando los restos del navío colonizador fueran disputados entre aquellas dos facciones emergentes, acaso también sobrevivientes al gran cambio. Los Puristas en contra de los Remanentes.

A razón de los crecientes ánimos secesionistas que se respiraban en Egiria, “los metálicos”, aquellos que se amputaban sus partes impías, obraron en forma unilateral para su único beneficio al quitar las amarras y levar anclas del malogrado *Yamato Maru*. El reclamo de los otros, “los de carne”, fue rotundo pero inefectivo; los primeros eran más fuertes y estaban mejor armados.

Inspirada en tradiciones niponas milenarias y en la posibilidad de atestiguar la pluralidad de otros mundos, lo nuevo y lo antiguo se enfrentan en el perenne conflicto de la humanidad triunfadora ante al cambio y la adaptación.

La espiritualidad se sobrepone al sufrimiento como la única posesión terrenal de los protagonistas, embarcados en profundos viajes de transformación y descubrimientos bajo el cálido brillo de Amaterasu.

ISBN: 978-99974-76-84-5



9 789997 476845